



# Travesía por las islas occidentales de Canarias

Nuestras islas cambian hasta lo imposible según el punto de vista con que se miren.

Un recorrido desde Tenerife hasta La Palma, pasando por La Gomera y El Hierro con Trasmediterránea, me descubrió una manera diferente de viajar y, sobre todo, de disfrutar del viaje.

*Juan Ramón Pérez-Ramos*

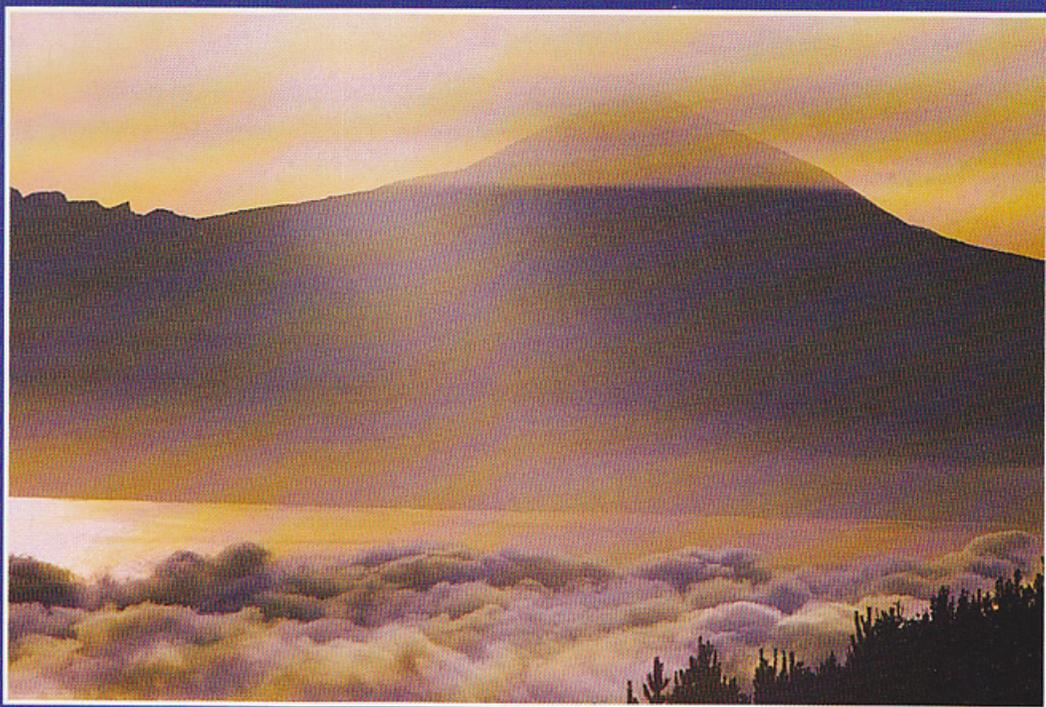


*Una travesía en barco permite ver paisajes inolvidables. En la página siguiente, una vista desde La Gomera (arriba) y la playa de los Cancajos, de La Palma.*

**E**l Puerto de Santa Cruz bullía de actividad. Poco a poco, un grupo de amigos nos fuimos reuniendo en la Plaza de España, preparándonos para una travesía de más de 18 horas. El brillo de la juventud de aquellos 19 benditos años se adueñó de nuestras pupilas ante el inminente comienzo de la que era, para nosotros, la primera gran aventura.

La silueta del Ferry "Villa de Agaete" se hacía grande, inmensa, según nos acercá-

bamos al barco. Y entre bromas, risas y fiestas, nos acomodamos en nuestros camarotes, para salir rápidamente a la cubierta. El ferry comenzaba a moverse y nosotros ya nos aprestábamos a disfrutar de la mar en todo su esplendor. Primero, Santa Cruz, derramándose desde Agüere; después, Candelaria y la basílica de la Patrona de Canarias. Cuando el "Villa de Agaete" pasó frente al Poris de Anbona armamos un pequeño revuelo; era la costa de nuestro Arico la que veíamos. Tan diferente desde este punto de vista, apenas distinguimos el faro de la Punta y la Playa Grande. Arriba,



el Teide y a sus pies, los Picachos, la Sabinita y Tamadaya.

Seguimos rumbo al sur, sin mareos –no teníamos tiempo de eso–, entre las eternas risas y fiestas de esa juventud inconsciente de los 19 años. Dejamos atrás Los Cristianos camino de San Sebastián de La Gomera. La bahía capitalina, con sus palmerales y la Torre del Conde, nos recibió mientras el mar cambiaba del profundo azul a tonos celestes, camino de la playa gomera. Una breve escala para el frenético intercambio de personas y vehículos, mientras nos asombraba la desnudez de los barrancos que van

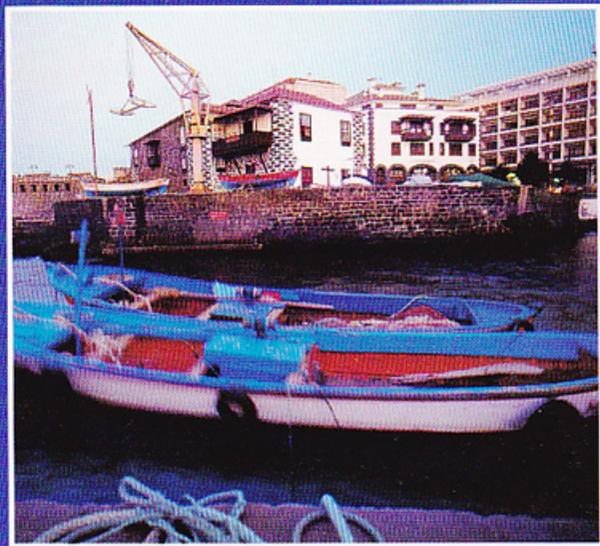
**“La tarde comenzó su lenta despedida desde Garajonay”**

a morir a la bahía. José y Jorge se encargaron del avituallamiento –dos bocadillos por cabeza, de pata y queso–, mientras cogíamos nuestras butacas en la popa del barco. Partíamos hacia la isla del Meridiano.

La tarde comenzó su lenta despedida desde Garajonay. De repente, un crío, casi tan nervioso como nosotros, corría de aquí para allá ante la mirada resignada de una madre. “Es su primer viaje en barco, ¿sabe?” explicó, tratando de justificar las tropelías del niño en la cubierta. Aquí y allá, el rostro esperanzado de algún extranjero



*Arriba, un paisaje de la isla de El Hierro. Sobre estas líneas, una reunión a bordo y el castillo de San Felipe (Tenerife).*



—que eran más bien pocos— al divisar entre un mar de nubes las cumbres de Malpaso. Arribamos al Puerto de la Estaca.

Allí, nuevo avituallamiento en un pequeño bar que había subiendo por la carretera que lleva a Valverde, a mano derecha. Nos sorprendieron las reducidas dimensiones del atraque. De nuevo el trajín de coches y vehículos como paso previo a la partida hacia La Palma. Los ánimos están ya más calmados después de muchas horas de travesía. Javier y Jorge proponen una partida de cartas, que aceptamos de inmediato.

Las luces de Santa Cruz de La Palma se

van agrandando conforme el ferry se acerca a la isla Bonita. Alguna cabezada y vuelta a las risas y fiestas de todo el viaje. La promesa de descubrir durante varios días los secretos de La Palma es nuestro premio tras 18 horas de travesía. Ya en el puerto, bajamos apresuradamente del barco, recibiendo la agradecida despedida de la tripulación que nos ha sufrido. Casi en la puerta del muelle vuelvo la vista atrás, al “Villa de Agaete”, y después al océano, al Atlántico. Mentalmente me despido de él para guardar para siempre en el recuerdo mi primera gran “aventura”. ●